

Guillermo Alberto Arévalo\*

**DAVID JIMÉNEZ: PROFUNDOS  
INSTANTES DE “LOS DÍAS, QUE UNO TRAS OTRO SON LA VIDA”<sup>1</sup>**

**ABUELA**

*La miro  
mientras sacude el polvo de sus  
porcelanas .o riega las matas  
y es como si regañara al tiempo  
por tocarle sus cosas.*

Este poema pertenece al libro *Retratos* y resume, desde el punto de vista bajo el cual pretendo aproximarme por primera vez a su poética, la intención de la obra de David Jiménez. También él, como la abuela, escribe regañando al tiempo que le arrebatara sus cosas, sus gentes, y en últimas su vida, y para aprehender lo que ese tiempo implacable, de todos los días, deja a su paso, se aferra al lenguaje y procura fijarlo en imágenes poéticas. Lo hace escogiendo instantes que se convierten en poemas-instantáneas. Y como los escribe, como los publica, encuentra lectores que dialogan con sus textos. Este es el comienzo de mi diálogo con ellos. Al igual que sucede con toda obra poética, existen varias posibilidades para enfocarla. Espero explorarlas en el futuro y, más fervorosamente aún, que otros se unan a la tarea.

El año pasado, cuando adjudicó el Premio Nacional del Instituto Colombiano de Cultura en la modalidad de Poesía, el jurado, compuesto por el peruano Antonio Cisneros, el venezolano Alejandro Oliveros y el colombiano William Ospina conceptuó que el libro ganador, *Día tras día*, de David Jiménez Panesso, presenta “una temática rica, compleja e imaginativa, con un lenguaje fresco y renovador, dentro de un impecable manejo de formas” y que “la obra recoge y transforma el legado de nuestra tradición poética al tiempo que hace una propuesta absolutamente contemporánea.” Nueve años antes, cuando su primer poemario, *Retratos*, obtuviera el Premio Nacional de Poesía que anualmente otorga la Universidad de Antioquia, la cual lo publicó, otros examinadores expresaron conceptos similares. Sin embargo, como poeta, Jiménez no suele ser mencionado, quizá porque no forma parte del “conjunto” de los poetas que se dedican a su propia promoción.

---

\* Profesor del Departamento de Lenguas. Universidad Pedagógica Nacional.

<sup>1</sup> Ponencia presentada al Décimo Congreso de la Asociación de Colombianistas The Pennsylvania State University. Julio 30 -Agosto 3, 1997.

Mucho más se le reconoce como crítico. Aparte de los numerosos artículos suyos acerca de libros y de temas de la literatura que le han publicado tantas revistas colombianas e internacionales, este poeta ha dado a luz dos libros que considero capitales para el desarrollo de una crítica literaria colombiana con fundamentos académicos, razonada y a la vez escrita de una manera agradable, sin aquella parafernalia terminológica teórico-embaucadora que ya no despista ni a los estudiantes de primer semestre de nuestras universidades. Se trata de *Historia de la crítica literaria en Colombia* (1992) y de *Fin de siglo: decadencia y modernidad - Ensayos sobre el Modernismo en Colombia* (1994), ambos coeditados por la Universidad Nacional de Colombia y Colcultura.

También ha ganado prestigio entre muchos grupos de estudiantes como maestro en varias universidades. En 1987 declaraba para el “Magazín Dominical” de *El Espectador*: “Soy ante todo profesor y me enorgullezco tanto más cuanto más se presenta a la cátedra como contradictoria con la poesía”.

Pero creo que debe considerársele fundamentalmente como poeta.

### **Cuántos mundos detrás de cada retrato**

En Medellín, donde también nació Jiménez Panesso, el fotógrafo por excelencia de los años finales del siglo XIX y de los primeros del que estamos próximos a clausurar, fue Melitón Rodríguez. En el álbum de recuerdos que recientemente publicó la Biblioteca Pública Piloto de esa ciudad, dice su directora, Gloria Inés Palomino: “la fotografía no es sólo un elemento para recuerdo personal, sino que sintetiza los acontecimientos y peculiaridades sociales de una época y de un pueblo”<sup>2</sup>. Y agrega: “no son exclusivamente recuerdos familiares, ya que descubren mundos insospechados”. Por su parte, en la sección de la misma publicación titulada ‘*Valoración*’, Miguel Escobar Calle aporta conceptos sobre los valores artísticos, documentales e históricos que exaltan su trascendencia estética, histórica y documental de Erika Billeter, Alvaro Medina, Alberto Aguirre y Víctor Gaviria; pero él además formula uno que me interesa bastante: “no es (...) frío y reporteril, ni episódico ni anecdótico”.

Si he mencionado a Melitón Rodríguez y estas valoraciones sobre su admirable legado artístico, es porque me sirven como puente para acceder a la poesía de David Jiménez. Recurriendo además a un dicho popular: “Una imagen vale más que mil palabras”. Algo que se dice y se repite y se repite sin pensar en lo que significa, pero que se toma a ciegas como verdad absoluta. ¿*Vox populi, vox Dei?* Un momento. Porque si ello es así, ¿para qué escribimos todos nosotros, y no nos dedicamos en cambio a la pintura, al cine, a la televisión, a la fotografía? Los resultados serían mil veces más rápidos. Me parece más bien que este dicho no ha sido -como dicen ahora- “suficientemente validado”. Habría que empezar por preguntarse por qué llamamos “imágenes” a ciertas realizaciones literarias que

<sup>2</sup> Biblioteca Pública Piloto. *Melitón Rodríguez, fotógrafo. Momentos, espacios y personajes. Medellín. 1892-1922*. Medellín. 1996. 3a. ed.

han sido definidas de tan diversas maneras. O constatar si el rostro de la diosa en *El nacimiento de Venus* de Botticelli “dice más” acerca del ideal de belleza femenina renacentista que el *Soneto XXIII* de Garcilaso...

Pero, en fin, regresemos a nuestro poeta y dejemos de lado otros temas que ya tendrán su espacio y su momento. Parte del título de esta ponencia, “*los días que uno tras otro son la vida*”, remite al gran Aurelio Arturo, quien a su vez se estaba refiriendo a la modernidad francesa. Porque ese “Sur” que se vuelve en Arturo nostalgia viva y tema de indagación, de recuerdo, de dolor y de reflexión poética, son las -igualmente perdidas por el paso del tiempo- casa, calle y familia que persigue Jiménez con la certeza del dolor de la imposibilidad, con esa “...*pesadumbre de barrios que han cambiado...*” del tango *Sur*, de Homero Manzi, recogida luego con fervor por Julio Cortázar en sus poemas. La conexión no es forzada: los versos de amor de Jiménez, en sus dos libros, están explícitamente permeados de tango.

No es casual que el primer libro del poeta comience con un texto “Escrito en el dorso de una fotografía”. Y se trata de una del padre y la madre en sus años juveniles; conduce el poema que están

*en ese espacio y ese tiempo  
donde yo no soy posible*<sup>3</sup>.

A este poema que abre *Retratos*, a este reconocimiento del autodesconocimiento, a esta nostalgia por lo no vivido antes de que los padres fuesen mis padres, plasmado en color sepia y retenido a la vez que imitado en el tiempo y en el espacio por un marco, le seguirá toda una verdadera *galería* de imágenes, no estrictamente remitidas a lo fotográfico. Son los retratos personales pintados con el pincel de las palabras, como el “Retrato del Padre” (p. 9), o el de los viejos y mágicos escaparates de las abuelas (pp. 23 y 24), o el de “Tía Magdalena”<sup>4</sup> agonizante, empequeñeciéndose entre su cama, que ya ni puede ver televisión, penúltimo consuelo que le restaba antes de su Dios, al cual ruega que “se la lleve” pronto, o el del nunca visto, salvo en la amarillenta foto del cuarto de la abuela, “Mariscal Leopoldo” (Dd), que aún grita desde allí sus órdenes de la Guerra de los Mil Días. Sin contar con la “belle femme” cuyos sueños de estrella de Hollywood naufragaron entre vecinos que “*trabajaban todo el día como empleados de oficina y por las noches se emborrachaban con aguardiente en los bares*” (p. 17). Y la lista es larga.

Sin embargo la imagen, el retrato, el recuerdo, aparece más sutil, día tras día, y se esfuma sin dar tiempo al abrazo que la reconozca como propia. Es la de los

<sup>3</sup> Jiménez Panesso. David. *Retratos*. Medellín, Universidad de Antioquia, Colección Premios Nacionales de Poesía, 1987. (p. 7). (En adelante citaré únicamente el número de la página correspondiente).

<sup>4</sup> Este y los demás poemas pertenecientes al libro *Día tras día*, aún inédito, se reconocerán por la anotación (Dd).

espejos, fugaz y esquiva (p. 43), otra manera de la instantánea; o las huellas de los “Haikus”: pies sobre la arena, recuerdo de otros labios y otra lengua en la boca, pugnando por revivir (p. 45). También la persistencia del “fardo” del dolor que atraviesa la noche sobre mí y al amanecer “*me aplasta*” (p. 47). Y una razón más para aquella incertidumbre aplastante:

*Eso que soñé sin rostro  
me fue concedido con rostro  
y no lo reconocí*

(p. 49)

Orfandad, igualmente, de lo no conocido, y angustia frente a la posibilidad de una nueva felicidad, luego de la infancia, de cuando el padre era “príncipe” y el mundo una casa casi perfecta.

### **“La cocina a oscuras, la miseria de amor”**

Un buen número de poemas materializan la persecución del tiempo en la imagen de “la casa”, esa que siempre seguimos llamando “*mi casa*”, la de los padres, la de la formación, la del recuerdo, según si antes o ahora “refugio” o “jaula”, dependiendo así mismo de la distancia a la cual nos hallemos de ella. (Dd). Ya lo dijo Antonio Machado: “*La poesía es palabra en el tiempo* “. Y tiempo, y lugar, y palabras, conforman esta poesía. Esta casa, (hogar, nido, lo que se quiera, palabras jamás mencionadas pero siempre legibles, (como ocurre en la obra de César Vallejo, en la cual partir es también siempre dejar morir el mundo originario), esta casa se identifica como

*Arriba, el 35-72 de Perú con Portocarrero.*

Frente a este recuerdo de la nomendatura, -que ya de por sí constituía una matema clave o seña para llegar, para culminar con seguridad la salida, el viaje, la aventura-, *abajo*, y *desde adentro*, la madre (o. su sombra) precede, abre la puerta, e invita a retornar. Sin embargo, dentro de esta misma casa, en los escaparates (23 y 24), también se guardaban *los preciados tesoros*: cartas, fotografías del abuelo y la abuela, de los padres, de la fachada de la casa, del barrio. Hasta en el pasado paradisíaco, cuando reblujar era todo un placer, aquellos “tesoros” de los viejos se nos vuelven también una imagen que comienza a resquebrajarse, no sólo por lo inalcanzable sino además por sus imperfecciones. Se descompone “*como los fragmentos de un rompecabezas infantil*”, ese que descubre y al mismo tiempo desvanece la luz en “*las delgadas franjas amarillas*” (p.l 5) moteadas de polvo, avanzando de la mañana hasta la tarde por cada resquicio de la casa. Pues se trata de otro pasado, más pasado que el nuestro, irrecordable, desconocido y por ello irreconocible, donde atisbamos apenas:

*las mismas personas que conocemos y con quienes convivimos, las tías, los viejos vecinos, aparecen radiantes de juventud, en atuendos extraños, sonrientes y excluyéndonos de su mundo. (p23).*

Retomamos al tiempo aquel en el cual “yo no soy posible” del comienzo. Pero en el presente tampoco lo soy.

### **EL EXTRANJERO**

*Como no es ésta mi casa  
y nadie me conoce  
éste no soy yo.*

*Alguien me empuja sin querer  
no me ve porque no estoy  
¿Dónde me hallo?  
¿Es éste mi cuerpo  
el que tanto paseé por mis calles  
el que algunas veces ama y goza una mujer?  
¿Se ha encogido  
ha perdido sustancia  
es transparente?  
Mi perfil me asombra*

*¿No es el mismo de siempre?  
Y una voz se asoma hasta mi oreja*

*y susurra:  
“Esta no es su casa. ¿Dónde vive?”*

(p. 29).

Orfandad de orfandades. No cabe duda: la voz viene de adentro. El segundo libro de Jiménez Panesso iniciará su contundente carga de pensamiento y belleza literaria con un poema titulado “Retrato de familia”. Y a propósito de este aún inédito *Día tras día*, todo lo que conozco apunta a una afirmación, evolución y crecimiento del estilo planteado anteriormente, a un lenguaje mucho más seguro y eficaz, a un espejo irónico implacable y a reflexiones todavía más profundas alrededor del mismo asunto.

Y de aquel asunto andábamos en la voz que viene de adentro. Es la ruta que conduce a la soledad. El autorretrato ya nos lo confirma. Se llama “Pequeña oda al instante perfecto” (p.27) y tipifica la perfección en el aislamiento, sin prisas, con poca lectura, perdiendo el tiempo sin remordimientos, al abrigo de censuras, “*libre y solo* “. Porque la casa se perdió vacío por vacío, y cada hueco, como los del anaquel de la abuela después de cada muerte, los fue llenando Ella. Murió la infancia, paraíso perdido; restaban los lazos familiares, que son apenas “...varios círculos ¡descentrados! cuyos puntos de intersección se cortan por lo más blando.” Y de los consejos maternos se ha constatado que no es cierto aquello de que “*Midiós escribe derecho en líneas torcidas*” (Dd), y el mundo sólo ofrece hostilidad. La disolución concreta de la familia, de la que hablaba Marx, también se

expresa en estos poemas, No como un “canto de cisne”, mas sí como constatación de un hecho irrevocable.

Ni siquiera el amor ofrece nueva casa: es como un río que pasa, como un sueño que se desvanece, es el “tener y no tener”, es un tango que se escucha con deleite y el viento se lo lleva. (pp. 63-69).

Ahora sólo resta aferrarse a sí mismo. Comprender que no soy yo quien existe por ellos sino todo lo contrario:

*Sólo existen por mí  
ellos y la casa y la calle.  
Sin mí vivirían y morirían  
simplemente.  
Sin mí viven y mueren.  
Conmigo sólo palpitan y aletean  
un instante  
en palabras  
como el estertor de un ave  
antes de torcer el pescuezo.*

Y en el mismo libro, dentro de los poemas de la nueva ciudad, la de los Muiscas, cobijado por el frío el poeta llega al penúltimo refugio, su interioridad, y al último, la poesía:

...

*La gran Vida, el cielo, la casa grande, la casa verde,  
se refugia en el albergue mínimo del tiempo,  
del punto aislado en el tiempo.  
Construimos pues la pequeña casa, la nuestra, el interior  
y allí atesoramos el silencio, la música y el fuego.  
El fuego del hogar y el frío de la noche se reconocen,  
el silencio y la música también.*

*Nos hacemos un lugar en el atardecer  
y buscamos palabras para el verso  
que diga el sentido de todo esto  
pero no las encontramos.  
Son nada más la lluvia, el frío y el tiempo.*

Serían terribles palabras si no las acompañara una cierta ironía. Como afirmaba el propio Jiménez en un ensayo sobre León de Greiff, “La poesía es lo único que sale, finalmente, a flote en el universal naufragio”. Y por lo que hace a su lenguaje, para abreviar, una nota suya titulada “La poesía y el silencio” contiene una afirmación autodefinitoria: “El poema nace de un largo, indigno e inevitable concubinato con el lenguaje de todos los días. Ya no hay poetas que dueman con la musa; su concubina es la palabra ajada por la vida, por el comercio anónimo”.